

## 5. Sumergirse en la voluntad de Dios

Recientemente visité a una monja de 92 años en Alemania, ahora condenada a permanecer en la cama, con el raro nombre de Sor Notburga. De una mirada cálida que me hace bien encontrarla siempre cuando visito su comunidad, frágil en número y fuerza, aunque creo que todas las comunidades, incluso la más desgraciada, tiene un tesoro oculto por el cual vale la pena que exista. La hermana Notburga me dijo que le gustaría ir al Cielo. Pero luego agregó sonriendo: "Lo importante es que se haga la voluntad de Dios, como lo pedimos siempre en el Padrenuestro. Me sumerjo en la voluntad de Dios".

Dicho por esta monja hundida en su cama y en su enfermedad, es como si esta palabra me llegara desde lo más profundo del misterio. Era como estar en la orilla del mar, y viera a esta monja hundirse gozosa en la profundidad insondable de la voluntad buena de Padre.

Sobre todo, era obvio que para esta monja la voluntad de Dios no era una realidad abstracta, una idea, un concepto, una serie de preceptos separados el uno del otro, sino *la* realidad, *toda* la realidad. Y que, por eso, toda la realidad era algo personal, estaba animada por un Tú, estaba empapada de relación, de amor. No se sumerge, no se hunde en ella como quien se hunde en la nada, en la anulación de nuestro yo, sino como un recién nacido se hunde en el seno de su madre, con toda confianza y alegría. El que se hunde en el mar de la voluntad de Dios no se ahoga sofocado, sino que es como un pez que se vuelve a lanzar en el agua y que cuanto más se hunde más vive.

De este modo, repensando en esta palabra de la anciana monja – "Me sumerjo en la voluntad de Dios" – me sumergí en la vida cotidiana con esta conciencia, con esta hipótesis positiva, que todo es para nosotros ocasión y ámbito para sumergirse en la voluntad buena del Padre, y esto, en lugar de mortificar nuestra libertad, la exalta, le abre un espacio infinito de expresión, de afirmación. Esta hipótesis me empujaba hacia la realidad con un sentimiento de simpatía hacia todos y hacia todo. Podía sumergirme en la vida cotidiana desarmado, indefenso, porque si la realidad es una expresión de la voluntad de Dios, espacio donde sumergirme, incluso lo que me parece hostil ya no es negativo, no me amenaza más, no pone en peligro el verdadero cumplimiento de mi vida, de mi destino, porque el cumplimiento de mi destino es que se haga la voluntad de Dios en mí, para mí y a través de mí.

Nosotros, a menudo, somos como peces que el orgullo del pecado original ha lanzado a la orilla del mar, y que ahora tienen miedo de dejarse "devolver" al agua por Cristo para comenzar de nuevo a vivir con plenitud. ¿No es esta la experiencia que nos hace vivir el sacramento del bautismo?

Jesús en Getsemaní no escapó a la realidad que amenazaba su vida, sino que quiso entrar más en la realidad de la tentación, de la fragilidad y del miedo humanos frente a la muerte, y una muerte de cruz, para sumergirse aún más en la voluntad del Padre, que ha transformado toda la maldad de la pasión y muerte de Cristo en el acontecimiento absolutamente más positivo y bueno de la historia.

"¡Padre mío, si es posible, líbrame de esta copa amarga: pero no se haga lo que yo quiero, ¡sino lo que quieres tú! (...) Padre mío, si no es posible evitar que yo sufra esta prueba, ¡hágase tu voluntad!" (Mt 26,39.42).

"¡Padre mío!": ¡con qué relación de ternura con el Padre vive Jesús la tentación, la angustia, la tristeza! La oración para Él es para dejar emerger en su corazón, frente al mal que lo amenaza, la Realidad absoluta que es la voluntad buena del Padre. La oración es lo que ante el Misterio pone toda la realidad, toda la historia, en su verdadera luz. La realidad es el acontecerse de la voluntad de Dios. Jesús encuentra inmediatamente esta luz, incluso en la negatividad absoluta de la Cruz, y su *Fiat* permite que se transforme la Cruz en el cumplimiento total de la voluntad buena del Padre.

Getsemaní, a pesar de su naturaleza dramática, revela que para Jesús la voluntad del Padre no era objeto de temor, sino de deseo. Jesús está angustiado, pero no ante la voluntad del Padre. Teme la pasión, teme la muerte, teme la hostilidad de los hombres, teme sobre todo la indiferencia de los hombres a la gracia de la redención que merecerá para todos con su sangre. Pero él no teme la voluntad del Padre, a pesar de que sea voluntad del Padre beber el cáliz de la pasión. Al orar, cuando convierte su angustia en oración, en súplica, Jesús transforma la perspectiva de todo lo que amenaza y destruye su vida en una ardiente súplica para que en todo esto acontezca lo que el Padre quiere. No dice: "¡pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú!", con resignación, inclinando su cabeza frente a un triste destino. Lo dice con deseo, con un profundo deseo, más profundo que los sentimientos humanos que siente brotar en su corazón. La voluntad del Padre para Jesús es siempre un cumplimiento, es siempre lo más positivo que puede suceder. El cumplimiento de la voluntad del Padre para Jesús es la victoria del bien invencible contra todo mal que Satanás o los hombres pueden desear y cumplir. Por esta razón, a pesar de permitir expresarse a la angustia que siente en sí mismo, Jesús pone en la cima de su oración la súplica de que se haga la voluntad del Padre. Es esto lo que quiere por encima de todo, e incluso por encima de su propia vida.

La oración en Getsemaní representa también la interpretación correcta de las últimas palabras de Jesús en el Evangelio de Juan: "Tengo sed" y "Todo se ha cumplido" (Jn 19,28.30). Jesús tiene sed de que se cumpla la voluntad del Padre. Lo dijo después del encuentro con la mujer samaritana, cuando sus discípulos le insistían a que saciara su hambre con la comida que habían comprado en la ciudad: "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió y terminar su obra" (Jn 4,34).

La sed, el hambre, el deseo de Cristo, es el cumplimiento de la voluntad del Padre. Y a lo largo de su misión, Jesús quiere comunicar esta pasión, este deseo a sus discípulos y a todos. "He venido a encender fuego en el mundo, ¡y cómo querría que ya estuviera ardiendo! Tengo que pasar por una terrible prueba, ¡y cómo he de sufrir hasta que haya terminado!" (Lc 12: 49-50)